

Capachos

Había pasado ya esa fiebre vegetal de la vendimia y se notaba esa inmensa tristeza colgada en cada sarmiento por el desaliñado sentido del majuelo capado, sin su fruto.

Sin embargo, por la bodega, el olor a vino nuevo daba una cierta sensación de limpio hospital, cuna de cada tinaja, con un joven vino recién estrenado, que olía a fruta y a glucosa recientemente transformada.

Y por el patio de la bodega aún quedaban esas manchas vedrosas de la casca, aunque todo era limpio y ordenado, después de su cierre de campaña en paz y sosegada. La báscula descansaba de capachos y de taras, de pesas mosteadas, y el cuadro eléctrico de todo el talabarte sonaba continuo de corriente, sin tirones. Sosegado también estaba el azufre, el pesamostos y la escoba, y hasta la parra al pie de la oficina parecía más árbol que cepa, más ornamento que planta y que verdura...

Era la paz del otoño, de ese intervalo precioso de esta tierra, que va por octubre hasta Los Santos, limando asperezas de calor y de trabajos, de ferias y de trasnochones, por donde la perdiz se iguala a sus mayores y se abre su veda, y se las ve comiendo el

último carpón olvidado.

Por los paseos, el amor también febril de nuevos novios recién estrenados, con la etiqueta de los pocos años y el deseo colgado por manos enlazadas y mi-



radas, principio de institutos y colegios, de niños morenitos por playas de majuelo sin mar y sin barquitos, pero repletos de vides y racimos, de majueleros y pistos con migas y serijos, con el aire de los días retintando mejillas y brazuelos, fuertes rodillas morenas de rastrojo sobre los pocos años, superpuestos, se veían de nuevo, alegres y contentos.

Había pasado ya el trajín carretero de remolques cargados de racimos, y el tractor dormía en la cochera, la siesta del membrillo, recordando hermosas muchachas de cuadrilla, y rebobinaba canciones joterías, sin recordar muy bien

su letra picante y anticuada.

Jesús ya estaba de nuevo en su calle y en su ermita y todo se organizaba de nuevo para un nuevo curso y una nueva situación, y todo abría mañana y tarde, y llegaba el último venturoso que había podido tener vacación; labraba la tierra, y el pajito era enterrado con todos los honores, para esperar mullida la bendita lluvia presentida, simiente muerta para una nueva resurrección...

Fue entonces cuando vi, paseando por las afueras del pueblo, junto al hilo que quedaba del río transcurriendo, al pequeño propietario (escena que ya creía olvidada) lavando los capachos, las lonas y las jergas, emborrachando el agua, melopea de los peces diabéticos perdidos, subiendo a la superficie para poder respirar y espabilarse, cuando yo también respiré hondo y hasta adentro, contagiado por este tiempo tan hermoso, preámbulo y prólogo de un invierno emboscado para saltar tras la cascada infinita del lejano horizonte...

En ese momento, el alma estaba limpia y sedosa, como el esparto lavado del capacho mojado, esperando secarse con la brisa del viento.

Manuel Agustín Serrano Amo



Con éste son once los premios recogidos

El día 25 de octubre se celebró un acto poético y musical en la Casa de la Cultura de La Solana, que ya viene siendo habitual, pues este año era la VIII edición.

Este acto es presentado por la revista «Pan de Trigo», grupo ar-

tístico y literario que entregó el trofeo «Molino» a nuestro colaborador Jerónimo Calero por su poema «Es el camino azul en mis recuerdos». El premio se coloca con el número once, por su buen hacer de poemas.